

HOMENAJE A EMILIO GARCÍA ESTÉBANEZ

Estudios Filosóficos LVII (2008) 211 ~ 223

DESTELLOS DE UNA VIDA

Eladio Chávarri

Instituto Superior de Filosofía (Valladolid)

Resumen. El autor presenta, desde una perspectiva vital personal de amistad y de colaboración intelectual, la semblanza biográfica y bibliográfica de Emilio García Estébanez.

He de reconocer que me he sentido muy a gusto refrescando mi memoria en las limpias aguas de esta vida. Pero lo malo viene ahora, al tener que descargar mi experiencia sobre la materia inerte de unas cuantas hojas de papel. Seguro que Estébanez –le seguiré llamando así, como lo he hecho siempre– se estará riendo a carcajadas en alguna parte del cielo. A ver si me echa un cable y puedo reunir al menos destellos dispersos de su rica biografía. No desearía que mi resultado final mostrara un carácter de semblanza o algo parecido.

Para situar al lector a grandes rasgos en espacios y tiempos, indicaré algunas pautas claves. Las tomo de Justino López Santamaría (*Estudios Filosóficos*, LVI (2007) 363-64), compañero de curso y gran amigo de Estébanez. Nació el 29 de mayo de 1937 en Bárcena de Pie de Concha, una pequeña aldea de Cantabria. A los cuatro años murió su padre, y a los doce se encontraba como estudiante en Corias, un pueblo de Asturias, donde los dominicos educaban con esmero a jóvenes aspirantes a seguir el estilo de vida creado por Domingo de Guzmán. Y, efectivamente, en 1954, Estébanez se decide a ingresar en el Noviciado de Palencia. Al año siguiente comienza su formación filosófica en Las Caldas de Besaya (Cantabria), y desde 1958 al 63 lo vemos en Salamanca, ocupado íntegramente en su formación teológica, que culmina con los títulos de Lector y Licenciado, bastante más exigente el primero que el segundo. En Roma, en el famoso Instituto Angelicum, acaba su ciclo superior de estudios teológicos con el Doctorado.

A renglón seguido, pletórico de juventud, inicia en 1964 su flamante carrera de profesor e investigador en el Estudio General de Las Caldas de Besaya. Imparte las asignaturas de Ética, Filosofía del Derecho Natural e Interpretación de Textos. Entre los dominicos era corriente que los doctores

en teología explicaran temas filosóficos, antes de entrar de lleno a la enseñanza y a la investigación teológica. Pero Estébanez, por circunstancias especiales, decidió hacerse doctor en filosofía, eligiendo para ello la Universidad de Friburgo (Suiza). Allí pasa los años 1967-68, inmerso en reflexiones especializadas de ética social, bajo la dirección del célebre profesor Utz. De Friburgo otra vez a Las Caldas de Besaya, dispuesto a seguir y a no interrumpir más su enseñanza filosófica.

En 1970, el Centro de Estudios de Las Caldas, a la sazón Instituto Superior de Filosofía, se trasladó a Valladolid. Aquí vinimos a parar un grupo de profesores muy jóvenes, entre ellos Estébanez, quienes, además de atender a las tareas propias del Instituto, constituimos una nueva comunidad, el Convento de San Gregorio. Veníamos a resucitar así de algún modo el antiguo Colegio de San Gregorio, donde fue profesor Vitoria, y pasaron por él estudiantes como Carranza y Fray Luis de Granada. Sólo la muerte, el día 19 de Enero de 2007, ha sido capaz de separar a Estébanez del Instituto de Filosofía, de la revista Estudios Filosóficos, de la Escuela Superior de la Familia, de la Cátedra de Estudios Político-sociales, de su Comunidad y de Valladolid. No puedo pasar por alto el siguiente dato. Alrededor de 1980, no recuerdo exactamente la fecha, me comentó que el profesor Utz le había propuesto como sucesor suyo a la Cátedra de Ética de la Universidad de Friburgo. Cambiamos algunas impresiones sobre el caso; me pareció que no estaba muy decidido a aceptar.

Hay que tener en cuenta que las vertientes intelectuales de la vida de Estébanez se hallan indisolublemente unidas a las comunitarias. Pienso que, separadas unas de otras, ambas carecerían de sentido. Un día como otro cualquiera, en momentos de relajación comunitaria, cuando sólo se tienen ganas de ironías y bromas, saltó al ruedo un no sé qué sobre la consagración religiosa. Alguien recordó con bastante sorna las respuestas recopiladas de ilustres personajes a la pregunta del por qué me hice sacerdote. Otro dijo –nunca se sabrá si en broma o en serio– que él ya se había consagrado a los once años. Un tercero pregunta: ¿Tú, Estébanez, a qué has venido a la Orden? “A medrar”, responde sin titubeos. ¡Y vaya si medró! Pero, ¿cómo puedo yo presentar ahora algunos destellos de estos medros? He convivido con él más de cuarenta años; cualquier cosa que diga me parece ya de antemano condenada a la banalidad. Como, por otra parte, me niego a que estos destellos se conviertan en un viejo cajón de sastre, voy a reunirlos en torno a tres ejes.

El primero de ellos se refiere a la fidelidad. Estébanez, por supuesto, no ha cultivado todas las fidelidades que ha inventado y practicado la especie. Me gusta verlo desplegando la vida penetrado por tres grandes arterias de ella, correspondientes a tres vastas regiones de su existencia. Contemplo, ante todo, la entrañable arteria que riega las relaciones particulares de pertenencia al grupo. Me hablaba en cierta ocasión, con gran cariño por cierto, sobre la Orden. Me sumé espontáneamente a sugerir algunas cosas. Estábamos apoyados sobre la barandilla de la terraza. De pronto se volvió hacia mí y dijo:

“Déjate de tonterías, lo importante es la pertenencia a la camada”. ¿Cuáles eran sus camadas preferidas? Me ha parecido que, entre todas ellas, dio preferencia a la familia y a la comunidad de San Gregorio. Para él, fue un regalo inapreciable el haber nacido y crecido en una familia repleta de honradez, a la que Estébanez respondió con no menos lealtad. Quizás se nutrían de esta raíz las muchas horas dedicadas a la reflexión, análisis, meditación, interpretación y valoración de la institución familiar, no sólo por el simple afán de saber, sino sobre todo para iluminar las conciencias, avivar la sensibilidad y ayudar a la toma de decisiones de los alumnos de la Escuela Superior de la Familia.

Por lo que se refiere a la Comunidad de San Gregorio, nadie podría describir en un amplio volumen la admirable red de lealtades que tejió en ella. No sería justo pasar de largo sin subrayar al menos cuatro delicadas hebras. Me refiero, ante todo, a su generosa implicación activa en el desarrollo de las líneas fundamentales de la misión comunitaria. De vez en cuando, en el Instituto de Filosofía no faltaban los problemas, la sal y pimienta de una comunidad de estudiantes inquietos. Al gestionar uno de ellos, que también tocaba a Estébanez por ser Profesor Delegado de Curso, recuerdo que me dijo: “Ela-dio, tú no te gastes, para eso estoy yo”. Los estudiantes lo querían de verdad. Se mostró, asimismo, sutilmente perceptivo tanto de las situaciones favorables como desfavorables por las que atravesaba la comunidad; ese constante tomar el pulso a las sensibilidades de la misma. Se le ha visto también siempre dispuesto a acoger con alegría y a difundir sin demora los éxitos de los frailes de su comunidad, cualesquiera fuesen los tipos de actividad a los que estuviesen ligados. Y tampoco conviene olvidar sus habilidades para silenciar o pasar por alto los defectos particulares, a no ser que afectasen a importantes aspectos comunitarios. Hablaba con relativa frecuencia del “privilegio de vivir en la comunidad”. Pero, a juzgar por lo que acabo de decir, ¿es que vivía Estébanez al acecho de cada detalle que surgía en su comunidad? De ninguna manera. Contaba en cierta ocasión que, después de una tarde enfrascado en sus meditaciones, se decidió a dar una vuelta por Friburgo. Se preparó con todo detalle, hasta con primor, como a él le gustaba. Cuando ya descendía por la escalera hacia la calle, se dio cuenta de que se había olvidado de ponerse los pantalones.

La segunda gran arteria de la fidelidad de Estébanez fecunda el centro mismo del desarrollo de su persona. Este quicio, común por lo demás a todos los hombres, no es otro que el de la actividad. Nadie va a poner en duda a estas alturas que, sin actividad, no es posible desarrollar nuestras propias capacidades vitales. Pero, ¿cuántas y cuáles hemos de cultivar en concreto? Pues tampoco haremos gran cosa, si no nos ajustamos bien a la ley de distribución de actividades, que cubre todo el ámbito de las instituciones. Como es de sobra conocido, entre las distribuciones de actividades de la Orden Dominicana, un amplio conjunto corresponde a la reflexión y enseñanza teológicas, y a las que se relacionan más o menos directamente con ellas. Ya hemos visto cómo Estébanez escogió las últimas. Estaba maravillosamente dotado

para ellas, y creo que encajaba perfectamente en ellas. Dentro de ese ajuste cae de pie el desencuentro que tenía con muchos modos de hacer teología, especialmente por lo que toca a los usos particulares de la razón. Lo notable es que permaneció fiel a su elección hasta la víspera de su muerte. Fuimos testigos con gran pena de cómo tuvo que abandonar primero el ordenador, después la lectura, sus visitas a la biblioteca, hasta quedarse al fin con su propia vida interior. A juzgar por las “deserciones”, no es fácil mantenerse a lo largo de toda una vida en esta fidelidad quicial. A derecha e izquierda, en todas las direcciones, son muchos los caminos y sendas que tientan a abandonar este centro activo de gravedad. Jaspers, hablando en general para todas las actividades humanas, lo llamaba “la seriedad misma de la vida”. “Somos los últimos de Filipinas”, decía Estébanez con marcada ironía, a la vez que esbozaba una tenue sonrisa, refiriéndose a la dificultad de permanecer fiel.

¿Cómo vino a desplegar ese quicio vital? ¿Qué tipo de fertilidad acompañó a su fidelidad? Con la estupenda ayuda de Justino López (cf. l. cit., p. 364), me atrevo a esbozar algunos destellos. Ocupa el primer lugar su relación magistral y coloquial con miles de alumnos de diversas instituciones, los cuales han proclamado por doquier la vida que emergía de su apasionada sabiduría y de su amigable conversación. Están, por supuesto, sus escritos, que acometen temas muy diversos, como puede constatarse recorriendo el elenco que figura al final de este ensayo. Ahí aparece el pensamiento utópico, los estudios éticos, políticos y sociales, la amplia reflexión sobre la mujer, las investigaciones sobre la familia, los comentarios a Santo Tomás, y una variedad de temas que comprende desde las indulgencias a la eutanasia. Una simple advertencia sobre la valoración de estos escritos. No es prudente que el lector ponga el acento en la extensión de los mismos, o en el hecho de que uno aparezca como libro, otro como artículo o ensayo, etc. Estas nomenclaturas bibliográficas son obligadas. Pero todos sabemos que un artículo puede valer más que un libro, y un pequeño ensayo más que varios capítulos de una obra.

No puedo olvidar de ninguna manera una tercera dimensión de su fertilidad. Estébanez, como todo el grupo de profesores del Instituto de Filosofía que se trasladó de Las Caldas de Besaya a Valladolid, había nacido en una sociedad agrícola, ganadera y artesana. Sufrió las consecuencias de una guerra civil, y vivió hasta finales de los años 70 en un régimen político dictatorial. Le tocan, además, muy de cerca los cambios provocados por el Concilio Vaticano Segundo. No pocas veces he comentado con él que ninguna institución relevante del siglo XX ha hecho una autocrítica semejante a la del Concilio. Por otro lado, en la década de los sesenta, tiene lugar el tránsito español hacia la sociedad “opulenta”, y a finales de los setenta, el decisivo paso de la dictadura a la democracia. Pero eso no es todo. Tampoco cabe olvidar la Segunda Guerra Mundial, la emergencia de la Comunidad Europea y nuestra tardía entrada en ella, la caída de los socialismos colectivistas y la globalización del mercado.

¿A qué viene todo esto?, se preguntará alguno. Pues a algo sumamente sencillo. En el Instituto de Filosofía no se podía seguir transmitiendo sin más la enseñanza que uno había recibido, ni en sus formas ni en sus contenidos. Tuvimos la fértil audacia de intentar cambiar unas y otros. Todos estamos de acuerdo en que Estébanez fue al respecto un continuo estímulo creador. Es esta línea la que da sentido a la siguiente anécdota. El contexto de ella fue el de la comunicación “oficial” a los demás miembros de la comunidad de las cosas que uno pensaba hacer durante el curso entrante. Después de que Estébanez terminó la suya, alguien le preguntó por lo que consideraba más importante. Dijo escuetamente: “me gustaría escribir un libro genial”. Si se hacían comentarios sobre las formas “desagradables” en que se presentan los laicismos, las ilustraciones, y cosas por el estilo, a veces repetía: “Está claro, hay que enseñar a estas gentes a ser ilustrados y laicistas”.

Cierro este eje de la fidelidad con una escueta referencia a la arteria que nutre la leal perseverancia de Estébanez en las relaciones de amistad. En Europa, la amistad siempre se ha pregonado como un trato humano específico, muy ensalzado por pensadores, escritores y poetas. Aristóteles lo introdujo expresamente en su *Ética a Nicómaco*. Por supuesto, en Estébanez hay mucha fidelidad tocante a esta relación singular. Es verdaderamente conmovedora la heroica fidelidad que vertió sobre una amiga suya, abandonada a su propia suerte en el mismo lecho de muerte, y a la que atendió solícitamente, dejándolo todo, durante largos meses. ¡Cómo se alegraba cuando le llamabas por teléfono y le animabas a continuar sin tregua hasta el fin! Sin embargo, para ser sincero, no es esta lealtad a la amistad de trato singular la que me ha llamado la atención en él. Yo quería subrayar, más bien, el constante trato amistoso que dispensaba a cuantas personas le salían al encuentro en el camino de la vida, ya fuesen conocidas o extrañas, de una u otra condición. Esta actitud amistosa era tan connatural a su modo de ser que la extendía con toda normalidad a los animales. En ocasiones contrastaba al respecto la recia severidad de trato que recibían los perros españoles, allá por los años cuarenta, comparándola con los mimos que les propiciaban los suizos a los suyos. Solía decir: “Recuerda, cada vez que aparecía un perro en la calle, ladeaba la cabeza de izquierda a derecha, sin saber de qué parte le vendría la pedrada o el palo”.

Pasemos, sin más demora, al segundo eje de destellos, es decir, a la textura básica de su actividad docente y literaria. Intentar semejante cosa es una locura. Pero quizás pueda decir algo tomando como referencia ciertos rasgos de la verdad y falsedad. Esto no parece que sea una coincidencia fortuita, pues la palabra Veritas figura en lo más alto del escudo de los dominicos. Otra vez voy a organizar mis reflexiones en torno a tres grandes arterias, que fertilizan tres amplias zonas vitales de la actividad docente y literaria de Estébanez, y que corresponden al mismo tiempo a tres cruciales aspectos de la verdad y falsedad.

Alimentó, ante todo, la citada actividad, a través de esa arteria de la verdad que se identifica con las presencias de ser que ya han aparecido; que no se muestran ahí erguidas como indeterminados “alcos”, sino bajo una variedad cuasi infinita de formas concretas. Me refiero a las presencias de ser que se revelan como agua, manantial, río, mar, océano o lluvia; como flor, abeja y panal; como abeto, rosal, coliflor o peral; como nube, viento, espacio, tiempo o estrella; como gato, lince, avestruz y liebre; como casa, jardín, ciudad y automóvil; como jilguero, alondra, águila y paloma; como... Siempre le vi muy atento a estas habituales presencias de la verdad, y las contemplaba con gran placer. Sin embargo, las presencias de ser que más le atrajeron se concentraban todas en torno a la especie humana. Me refiero a la verdad de ser niña y anciano, trabajador y ama de casa, ingeniero y profesora, sano y enferma, rica y tacaño, varón y mujer, monja y terrorista, obispo y sacristana, demócrata y dictador, cargado de derechos y abrumada de deberes, madre y sobrino...

Ahora bien, es importante captar con nitidez, que todas las citadas presencias de ser, esas verdades, no se relacionaban con Estébanez únicamente como alimentos vitales cognitivos, con sus respectivas afectividades cognitivas –la inteligencia siempre se despliega cargada de afectividad–. Al contrario, alimentaban todas las dimensiones vitales de su existencia, desde las celulares u orgánicas hasta las éticas, desde las económicas hasta las religiosas, desde las sociopolíticas a las lúdicas, pasando por las estéticas. Ciertamente, saboreaba muchas presencias de ser humanas. Pero estas presencias tienen la particularidad de que pululan por doquier las agridulces, las agrias o las muy amargas. Emplazado en esta encrucijada, Estébanez protestaba y gritaba diciendo que “el hombre es el peor hecho de todos los animales”. En esos momentos lo más cuerdo era dejar que soltase cuanto antes una o dos docenas de exabruptos.

A Estébanez le molestaron mucho las falsedades que se cuelan por esta gran arteria de la verdad. Todas ellas se caracterizan, naturalmente, por no aceptar las presencias de ser a que me he referido. ¿Motivos? Muchos. Él tenía especial habilidad para sacarlos a flote, bien se tratase de inadvertencias, vagancias, tópicos, incomodidades, miedos a desacreditar personas o instituciones, conveniencias de todo género, imposición de límites, etc. Insisto en el último motivo. Es una treta que consiste en encerrar el ser que ha aparecido, por ejemplo, el ser novia, en el estrecho cerco de unos cuantos atributos. Entre otras cosas, esto es muy cómodo, pues así podemos manejar a placer a las novias de carne y hueso, que deben atenerse al estándar confeccionado. En muchas ocasiones me he reído a gusto del placer que sentía Estébanez desbaratando este tipo de falsedades. Cuando discutías con él, a veces se revolvía irritado hacia ti, y te increpaba: “Caramba, tiene bemoles el asunto, haces el maniqueo a tu propia medida y después lo alcanzas sin piedad”.

La segunda arteria que nutre su actividad docente y literaria, es la verdad que consiste en desvelar presencias de ser ocultas desde las manifiestas. Esta es una de las experiencias más apasionantes del hombre; recorre la historia de parte a parte. El reino del ser oculto se extiende, como el propio espacio, a través de lo grande, lo pequeño y lo numeroso; por los procesos y las relaciones; por las potencialidades, las imbricaciones y las intensidades... Vuelvo a repetir, no me refiero sólo a lo oculto y manifiesto de lo cognitivo del ser. Ahí tienen su protagonismo las verdades de todas las dimensiones vitales y del ser que las nutre. Esta relación veritativa de lo manifiesto a lo oculto se expande más y más al experimentar mi hígado, las mercancías, el átomo, los juegos, las divinidades, las reglas éticas, las cosas bellas o las democracias. Estébanez entró de lleno en estas actividades enteramente veritativas. Se hizo preguntas sin término, por ejemplo, sobre los modos de ser que se han manifestado en la familia, sobre las relaciones que guardan unos con otros, sobre lo oculto de la familia actual, sobre lo que va a aparecer al respecto en el futuro más o menos inmediato.

Todas las falsedades específicas que contrarían y anulan a este tipo de verdades provienen de quebrar relaciones concretas entre el ser ya manifestado y el oculto. Al reducir el dominio del ser al simple ser ya revelado, sea de la gimnasia artística, del arte pictórico, de las construcciones, de las ideas, de las estrellas y sus planetas, y al instalarnos cómodamente en estas reducciones, estamos alimentando sin más un sinnúmero de falsedades específicas. Estébanez era muy sensible a ellas. He observado muchas veces en él oleadas de irritación, al estilo del furor que arrebató a Jesús de Nazaret al toparse de bruces con las transacciones comerciales del templo. Veía, por una parte, que muchas dimensiones vitales humanas seguían cultivándose al estilo de épocas anteriores, sin prestar la menor atención a los nuevos y magníficos modos que habían surgido ya hacía tiempo. Por otro lado, ¿de cuántas manifestaciones de ser religioso o femenino, que atrapaban a la gran mayoría, no sacó a flote muchas ocultas, reveladoras de patentes esclavitudes? Veía con claridad que el señuelo de lo ya aparecido, por ejemplo, del propio Jesús de Nazaret, no debía acaparar nuestra existencia de modo que nos impidiera detectar lo nuevo y valioso que ya está asomando ahí; ni, por supuesto, debía oscurecer la falsedad que habíamos estado practicando ocultamente.

Quisiera hacer aún algunas sugerencias sobre la tercera arteria que vitalizaba la actividad docente y literaria de Estébanez, es decir, sobre la verdad y falsedad entendidas como autenticidad e inautenticidad. El riesgo a que el ser aparecido, ya se trate del abierto o del oculto, sea simplemente una apariencia y no una comparecencia, está a la orden del día. La verdad como autenticidad estimula la tensión constante vital por nutrirse del ser que aparece y que efectivamente es; la falsedad, en cambio, nos conduce al ser que aparece, pero que efectivamente no es. Este noble esfuerzo por recorrer las veredas del ser auténtico, evitando la vacuidad del no ser, de la nada, de la vanidad en su radical sentido originario, es uno de los aspectos más relevantes del carácter de Estébanez. Cuantos lo han conocido ponderaban esta

marca indeleble de su personalidad. Combatí sin tregua con la palabra, la pluma, y sobre todo con su propia vida, la apariencia de ser que no es a lo largo y ancho de la existencia humana. Esta lucha le reportó sin duda mucha felicidad, pero en ocasiones tuvo que apurar amargos cálices. Pocas cosas le resultan más molestas a la sociedad tramposa que la autenticidad. Muchos dicen: "Con la mentira se vive mejor". Quien no soporta lo inauténtico, y lo denuncia, se muestra siempre ante los demás como el "malo de la película". Un amigo de Estébanez, con cariñosa ironía, ha llegado a expresarse así: "Parece mentira que de un hombre tan bueno salgan cosas tan torcidas".

Vengamos, por último, al tercer eje fundamental de estos destellos, a lo que podríamos llamar el respeto de Estébanez por la dignidad de la persona. No sé lo que quiero decir exactamente con respeto, dignidad y persona, lo cual me consuela, pues así me libero de la tentación de clarificar esas palabras con un par o tres de frases acotadoras. Intentar fijar límites a cualquiera de los aspectos de ser hombre, es sencillamente tratar de poner puertas al espacio. Por eso procuraré explicarme tomando tres indicadores.

El primero de ellos tiene que ver con las diferencias biográficas de la persona. El individuo de la especie humana posee un tipo de diferencias únicas, es decir, son irrepetibles, intransferibles e insustituibles. La degradación más grande de la persona viene probablemente de las trabas que se le ponen para cultivar estas diferencias, y no digamos nada si se trata expresamente de anularlas. Cuando coincidimos como profesores en Las Caldas de Besaya, pronto me di cuenta del respeto que mostraba Estébanez por estas diferencias, con tal de que crecieran siempre solidarias con el grupo. Son muchas y de una variedad impresionante. Representan quizás la riqueza entitativa más característica de la especie humana. No vi en él mayores preferencias de unas sobre otras. El respeto llegaba, por supuesto, hasta las de contextura orgánica. Él era alto, rubio, de buen parecer, de porte elegante y distinguido. Tenía una gran complexión atlética, forjada en buena medida a base de continuos ejercicios gimnásticos. Por aquellos días practicaba estos ejercicios en la ladera de un delicioso monte de pinos, la más cercana al convento. Le sugerí si podía acompañarlo, y accedió muy gustoso. Para aliviar la fatiga y descansar relajados, nos tumbábamos a veces en algún claro del bosque, donde crecía un suave y agradable césped. Cierta día hacíamos comentarios sobre la naturaleza y la gracia, un tema relevante en la filosofía y teología de Tomás de Aquino, y mal entendido con frecuencia en la formación cristiana de aquellos tiempos. Después de un silencio espontáneo, Estébanez, ladeado un poco hacia mí, dijo: "Mira, Eladio, ya es hora de que la naturaleza comience a defenderse de la gracia".

En aquella etapa de su vida sentía una especie de adoración apasionada por la naturaleza. Algunos días preparábamos unos bocadillos, y sin marcar previamente un rumbo fijo, nos perdíamos en las montañas hasta alcanzar algún picacho de nuestro agrado. Un atardecer, cuando ya ascendía la oscuridad por los valles hacia las cumbres, Estébanez comenzó a recoger leña api-

lándola en un lugar protegido del viento. “Vamos a hacer una hoguera”. La prendió y nos sentamos en silencio no convenido contemplando las llamas. Hablamos, entre otras cosas, del gusto ancestral por la luz, el calor, la llama de hogar, el servicio y la defensa que han dispensado las hogueras a la humanidad. Contrastábamos también a menudo el cuidado de los suizos por mantener la naturaleza limpia, con la fácil inclinación del español a mancharla. Por avatares de la vida, una tarde de junio nos encontrábamos sentados sobre la hierba de un espacio libre de una cafetería situada a orillas de un lago suizo. Estábamos tomando una cerveza, cuando Estébanez me retó a que si encendía un cigarrillo vendría al punto alguien a recoger la ceniza. Apenas había sonado el chasquido de su mechero, cuando apareció una muchacha sonriente con un bonito cenicero.

El respeto por la dignidad de la persona discurría, asimismo, por el ancho cauce del reconocimiento efectivo de los derechos humanos. No es un tópico. Estébanez asimiló y practicó con finura este aspecto de la vida. Lo experimentaron a diario sus discípulos, mucho más aún los frailes de la comunidad de San Gregorio, y lo saben bien los lectores de sus escritos. Se trasparentaba constantemente en su propia biografía, y le salía con toda espontaneidad hasta en las bromas. Uno de tantos días, después de cenar, nos hallábamos sentados delante del televisor. Comentábamos los anuncios que iban desfilando a nuestra vista, en especial aquél en que se presentaba una espléndida muchacha montando un magnífico caballo blanco, que trotaba libremente a través de una verde pradera. Alguien preguntó: “¿A ti, Estébanez, si hubieses sido caballo, te hubiese gustado que te montaran las bellas?” “Tengo tan mala suerte –respondió– que, si hubiese nacido caballo, estoy seguro que me hubiera montado el Generalísimo”. El reconocimiento efectivo de los derechos humanos no era compatible con las dictaduras. Estaba siempre dispuesto a participar en mesas redondas, a dar clases o conferencias, a estimular posturas o a asistir a manifestaciones, cuando se trataba de esclarecer, apoyar o reivindicar para las personas la dignidad de sus derechos. También le he oído quejarse fuerte y amargamente, en no pocas ocasiones, de la escasa correspondencia que había entre el reconocimiento de derechos y el de obligaciones.

Veo a Estébanez, por otro lado, comprometido con el respeto a la dignidad de la persona, en cuanto se halla estrechamente unido a la gratuidad de su trabajo. En comunidades como la de San Gregorio, salvo alguna excepción, no es exagerado afirmar que el ochenta por ciento del trabajo de los frailes se hacía en pura gratuidad. En otros tipos de sociedad, con organizaciones de valores en torno al núcleo de los religiosos, estas situaciones se llevaban auestas con la mayor naturalidad. Sin embargo, no es tan sencillo andar así por la vida, cuando todos los valores danzan al compás que les marcan los biopsíquicos y económicos. La gratuidad a ultranza resulta heroica por muchos motivos que no viene al caso exponer. Estébanez experimentó esta situación con mayor intensidad. Pues el trabajo intelectual que mira precisa-

mente a la dignificación de la vida, como era el suyo, resulta por lo regular el “menos rentable” de todos.

Le he oído quejarse muchas veces de esta injusticia. En ocasiones extremas, se sentía al respecto “manipulado”, “estafado” y “explotado”. Por lo regular, la asumía más bien como motivo de ingeniosas bromas. El cielo era para Estébanez un buen pretexto para muchas de ellas. Pues bien, un día irrumpió en escena el eterno tema de si el cielo se consigue gratuitamente o a base de disciplina, esfuerzo, trabajo y mérito. Estébanez largó su veredicto: “Si me salvo ha de ser por la pura gratuidad de Dios, pues de mi parte no pienso hacer nada”. No recuerdo que se negase jamás a colaborar, sobre todo cuando se le requería para tareas que concernían exactamente a la dignidad de la vida. Creo que el propio respeto y cariño a las personas postradas por la indignidad, le mantenían con gusto en el empeño por aumentar la felicidad y restar miseria en el mundo.

A continuación ofrezco al lector un elenco de los escritos de Estébanez, debido al buen hacer de Justino López (cf. l. cit., pp. 365-68).

LIBROS

El bien común y la moral política, Herder, Barcelona, 1970.

Violencia y respeto a la vida (coord.), San Esteban, Salamanca, 1980.

Por una paz sin armas (coord.), San Esteban, Salamanca, 1984.

El Renacimiento: Humanismo y Sociedad, Cincel, Madrid, 1986.

¿Es cristiano ser mujer? La condición servil de la mujer según la Biblia y la Iglesia, Siglo XXI, Madrid, 1992.

Trayectoria de la sexualidad conyugal en el catolicismo, Nueva Utopía, Madrid, 2004.

Contra Eva. Raíces bíblicas de la violencia de género, Melusina, Barcelona, 2008 (en prensa).

TRADUCCIONES

Tomás Moro, *Utopía*, Tecnos, Madrid, 1987. Zero Zyx, Madrid, 1980. Akal, Madrid, 1997.

Tomás Campanella, *La ciudad del sol*, Zero Zyx, Madrid, 1984. Mondadori, Madrid, 1988. Akal, Madrid, 2006.

Francis Bacon, *Nueva Atlántida*, Zero Zyx, Madrid, 1985. Mondadori, Madrid, 1988. Akal, Madrid, 2006.

Joseph, Hall, *Un mundo distinto pero igual*, Akal, Madrid, 1994.

Juan Valentin Andreae, *Cristianópolis*, Akal, Madrid, 1996.

Santo Tomas, *Opúsculos y cuestiones selectas I: “Los principios de la naturaleza”, “La eternidad del mundo”*. Traducción, Introducción y notas, BAC, Madrid 2001.

COLABORACIONES

- "El derecho a ser uno mismo en la Iglesia", en *Los derechos humanos en la Iglesia*, San Esteban, Salamanca, 1986.
- "Introducción a las cuestiones 57 a 60. La virtud de la Justicia", en *Suma de Teología, tomo III, Parte II-II (a)*, BAC, Madrid, 1990.
- "Teología feminista. Orientación bibliográfica", en López, Concha y Parreño, Maika (ed.), *Las mujer en la Iglesia y en el quehacer teológico*, San Esteban, Salamanca, 1991.
- "La solidaridad imposible" en García Prada, José María (coord.), *Valores marginados*, San Esteban, Salamanca, 1991.
- "Lo utópico en el pensamiento político: identidad y perspectivas de la historia de las ideas políticas", en Riezu Martínez, Jorge y Robles Egea, Antonio (eds.), *Historia y pensamiento político*, Universidad de Granada, Granada, 1993.
- "Imagen teológica de la mujer y sacerdocio femenino", en AA.VV., *El sacerdocio de la mujer*, San Esteban, Salamanca, 1993.
- "La nueva pareja: evolución en las relaciones y roles familiares. IV Jornadas Nacionales de Familia", en Galdeano Aramendía, Jesús M.^a (coord.), *La vida de la pareja*, San Esteban, Salamanca, 1995.
- "Ser padre: IV Jornadas Nacionales de Familia", en Galdeano Aramendía, Jesús M.^a (coord.), *La vida de la pareja*, San Esteban, Salamanca, 1995.
- "La nueva pareja", en Galdeano Aramendía, Jesús M.^a (coord.), *La vida de la pareja*, San Esteban, Salamanca, 1995.
- "El matrimonio como ideal y como quehacer de dos personas concretas", en Pereda, Carlos, *Nuevo modelo de pareja y familia*, Nueva Utopía, Madrid, 1995.
- "La teoría feminista", en *Tiempos de crisis*, San Esteban, Salamanca, 1995.
- "El matrimonio como ideal y como quehacer", en *Nuevo modelo de la pareja y de la familia*, Nueva Utopía, Madrid, 1995.
- Aspectos filosóficos: tolerancia y relativismo", en Bombín Mínguez, Blas, *Tolerancia y adicciones*, Ayuntamiento de Valladolid, Concejalía de Acción Social, Valladolid, 1996.
- "Marginación de la mujer", en *La mujer marginada*, PS Editorial, Madrid, 1996.
- "El Utopismo renacentista en Castilla: de los orígenes al Siglo de Oro", en Fartos Martínez, Maximiliano y Velázquez Campo, Lorenzo (coords.), *La filosofía española en Castilla y León*, Universidad de Valladolid, Valladolid, 1997.
- "El Renacimiento en Castilla: de los orígenes al Siglo de Oro", en Fartos Martínez, Maximiliano y Velázquez Campo, Lorenzo (coords.), *La filosofía española en Castilla y León*, Universidad de Valladolid, Valladolid, 1997.
- "Trabajo y cultura familiar: La familia en el umbral del año 2000", en Borobio, Dionisio (coord.), *Familia y Cultura*, Universidad Pontificia, Salamanca, 1998.
- "La mujer en la sociedad y el cristianismo", en *Alternativas 16/17*, Lascasiana, Managua, 2000.
- "La familia y el aprendizaje de los nuevos papeles", en *Libro de ponencias, XI Congreso de la Sociedad Española de Medicina de la adolescencia*, Valladolid, 2000.
- "Momentos transcendentales", en *La transición en Valladolid*, Difácil Ediciones, Valladolid, 2000.

"La utopía en San Agustín, en Erasmo y en Tomás Moro", en *Dios Trinidad, Entre la utopía y la esperanza*, Secretariado Trinitario, Salamanca, 2001.

"Ética del discurso y moralización de discurso teológico: cuestionamientos socioculturales e interrogantes éticos", en López de la Osa, José Ramón (coord.), *Globalización e identidad*, PS, Madrid, 2001.

"Elogio de la ética", en Portero Molina, J. J., *Conocimiento y realidad: Estudios homenaje a Jorge Riezu*, San Esteban, Salamanca, 2004.

ARTÍCULOS

"Naturaleza de las indulgencias", en *Ciencia Tomista* (1970), vol. 97, pp. 407-443.

"Un libro español de investigación básica: Psicología científica y ética actual, del profesor Enrique López Castellón", en *Estudios Filosóficos* (1972), vol. 21, pp. 443-448.

"Estudio sobre el concepto de norma natural en Aristóteles", en *Estudios Filosóficos* (1973), vol. 22, pp. 385-413.

"Estudio sobre el concepto de norma natural en santo Tomás (I)", en *Estudios Filosóficos* (1974), vol. 23, pp. 5-45.

"La índole social del hombre en una materia de autores antiguos y modernos", en *Estudios Filosóficos* (1974), vol. 23, pp. 111-139.

"Estudio sobre el concepto de norma natural en Santo Tomás (II)", en *Estudios Filosóficos* (1974), vol. 23, pp. 309-384.

"La obligación moral", en *Estudios Filosóficos* (1975), vol. 24, pp. 223-260.

"La índole alienada del orden moral", en *Estudios Filosóficos* (1976), vol. 25, pp. 71-136.

"Individuo y democracia", en *Estudios Filosóficos* (1977), vol. 26, pp. 139-152.

"XVI Congreso Mundial de Filosofía", en *Estudios Filosóficos* (1978), vol. 27, pp. 577-584.

"Primer Congreso Internacional de ecología humana", en *Estudios Filosóficos* (1979), vol. 28, pp. 151-160.

"Georges Sorel: la moralidad de la violencia", en *Estudios Filosóficos* (1979), vol. 29, pp. 107-134.

"Ambivalencia del hecho religioso", en *Estudios Filosóficos* (1980), vol. 29, pp. 157-188.

"Modelos cosmológicos, eternidad de la materia y creación", en *Estudios Filosóficos* (1980), vol. 29, pp. 281-304.

"El cristianismo y la Crítica de Marx a la religión", en *Escritos del Vedat*, (1981), vol. 11, pp. 153-176.

"La calidad de vida. Primeras Jornadas científico-humanistas", en *Estudios Filosóficos* (1981), vol. 30, pp. 351-358.

"Autonomía del hombre y quehacer ético", en *Moralía* (1981), vol. 3, pp. 399-402.

"I Congreso Nacional sobre el derecho a la vida (Zamora, 9-11 de abril de 1981)", en *Estudios Filosóficos* (1982), vol. 31, pp. 337-348.

"La cuestión feminista en Aristóteles", en *Estudios Filosóficos* (1984), vol. 33, pp. 9-40.

"Paz y utopismo", en *Laicado* (1984), pp. 8.

"La naturaleza y la cultura", en *Estudios Filosóficos* (1986), vol. 35, pp. 551-570.

- “La comunicación en la pareja”, en *Colegio* (1996), n.º 30, pp. 21-26.
- “La nueva realidad del matrimonio”, en *La Familia* (1990) n.º 0, pp. 19-24.
- “Dos conceptos fundamentales de la Utopía de Moro: el amor y el placer”, en *Estudios Filosóficos* (1993), vol. 42, pp. 7-35.
- “La teoría feminista: un nuevo paradigma científico”, en *Estudios Filosóficos* (1994), vol. 43, pp. 417-434.
- “La relación de pareja”, en *Éxodo* (1994), n.º 23, pp. 18-21.
- “La familia en el año 2000”, en *Comunidades* (1994), n.º. 82-83, pp. 123-130.
- “La incertidumbre moral y la tolerancia”, en *Estudios Filosóficos* (1995), vol. 44, pp. 409-430.
- “Sacerdotes, ¿necesariamente célibes?”, en *Éxodo* (1996), n.º 36, pp. 26-30.
- “Le bien commun dans une perspective thomiste”, en *Spaces 2* (1997), pp. 18-28.
- “La ética del discurso y la moralización del discurso teológico”, en *Estudios Filosóficos*, (1999), vol. 48, pp. 413-460.
- “La Universidad de la Experiencia. Un servicio y una reclamación a los mayores”, en *Crítica* (1999) 49/868, pp. 29-33.
- “La mujer en la sociedad y en el cristianismo”, en *Alternativas* (2000), n.º. 16-17, pp. 91-110.
- “La utopía en San Agustín, Erasmo y en Santo Tomás Moro”, en *Estudios Trinitarios* (2001), vol. 35, pp. 77-113.
- “Ética y sociedad en Estudios Filosóficos”, en *Estudios Filosóficos* (2002), vol. 51, pp. 479-488.
- “La sección bibliográfica en Estudios Filosóficos”, en *Estudios Filosóficos* (2002), vol. 51, pp. 523-530.
- “Crecer de mayores. La tercera edad como tarea”, en *Estudios Filosóficos* (2005), vol. 54, pp. 409-439.
- “La eutanasia activa y la muerte digna”, en *Estudios Filosóficos* (2006), vol. 55, pp. 339-380.
- “El matrimonio apático” en *Ciencia Tomista* (2006), vol. 133, pp. 513-568.